

Que muera para que el pueblo
 Su poder echo á la riza.
 Jesús, el encorno viendo
 De un pueblo que no le estima.
 A su parte
 Inevitable se retira.

CAPITULO XII.

JESUCRISTO SE COMPADECE DE LA VIUDA
 DE NAIN.

Después de premiar la fé de Jairo, volviendo la vida á su hija Talita, Jesucristo hizo su segunda visita á Jerusalem, donde la curacion milagrosa del paralítico de la Piscina, hecha públicamente y en sábado, día consagrado por los judíos á la oracion y al descanso, le atrajo todo el odio de los escribas, fariseos, sacerdotes y doctores, que no viendo en Jesus más que un infractor de la ley de Moises, resolvieron darle muerte para poner así, un dique á la agitacion asombrosa que por toda la Judea se dejaba sentir; y que, semejante á una avenida, amenazaba trastornarlo todo, su religion, sus ideas, sus leyes y hasta sus costumbres.

La fama de Jesus aumentaba dia á dia. En los círculos de familia, en los corrillos, en todas partes, en fin, se citaban con entusiasmo y respeto, las curaciones prodigiosas; los portentosos milagros de que toda la Palestina era testigo irrecusable. Además, la multitud que le seguia, podia, según ellos, armar una rebelion que turba-

se por completo la paz del reino, trastornando el orden de las cosas.

Jesus vió las maquinaciones de sus enemigos; y como su hora aun no llegaba, abandonó á Jerusalem, volviendo á Cafarnaun.

Cafarnaun, ciudad agraciada con la presencia casi continua del Hijo de Dios, digna de la envidia universal por el señalado favor que le era dispensado, no agradecía, sin embargo, tal bondad como debiera agradecerla. Porque, aunque es verdad que amaba al Salvador y que admiraba sus hechos grandiosos, sin desdeñarse de escuchar su Doctrina siempre pura, elevada y sublime, no lo es ménos, que la recibia en su alma con una mezcla de indiferencia: indiferentismo que no la dejó recoger sus ópimos y saludables frutos.

Al día siguiente de su regreso, se dirigió Jesus á una apartada orilla, extensa llanura en que se elevaba una pequeña eminencia festonada de árboles y desmembrada, hácia su parte superior, de un monte oscuro y elevado. Jesus subió allí, sin que nadie osase turbar su soledad.

En la llanura buscó sitio el gentío que le seguia.

El Señor, después de orar, llamó á sus discípulos Pedro, Andrés; Juan, Santiago, Felipe, Bartolomé y Mateo.

Iba á formar su apostolado; á escojer hombres que aceptaran los trabajos, la pobreza, los malos tratamientos y hasta la muerte, como testimonio de su Santa Doctrina.

Cuando los mencionados Apóstoles estuvieron á su lado, nombró de entre la multitud, otros cinco, que fueron: Tomás ó Didino; Santiago el menor, hijo de Alfeo; Simon Cananeo; Judas Tadeo, * y Judas Iscariote.

Rodeado de sus doce Apóstoles, en lo alto del monte, les dirigió el Salvador un largo discurso, en el que les daba instrucciones sobre la sublime misión que desde allí comenzarían á desempeñar en la tierra.

— Id, les dijo, á predicar el Evangelio á todas las naciones: los trabajos, la pobreza, las persecuciones y hasta el martirio, serán vuestra recompensa sobre la tierra; pero en el reino de mi Padre, seréis más elevados que los reyes, porque sufriendo por la fé, sembrasteis la semilla del Bien, dirigiendo á las almas por el camino de la verdad.

«Sed prudentes como la culebra; sencillos como las palomas, y humildes como las violetas: y hallen siempre en vuestros labios palabras de consuelo, los que se os acerquen abrumados por el dolor y el infortunio.»

Cuando Jesús concluyó de darles sus sabias instrucciones, bajó con ellos del monte, á cuya falda se hallaban multitud de enfermos, que sanaron instantáneamente, al simple contacto de sus manos ó al solo poderío de su santísima palabra.

* Santiago el menor; Simon Cananeo y Judas Tadeo eran parientes del Salvador; y por eso los judíos les llamaban con frecuencia, hermanos de Jesús.

Sentóse sobre una roca, é imponiendo silencio á la multitud que habia ocupado la llanura, tornó á repetir y explicar el bello y sublime sermón de "Las Bienaventuranzas."

En la mañana del siguiente día, dirigióse el Salvador á Nain. Al entrar á la ciudad, se fijaron sus divinos ojos en un grupo de gente que conducía un ataúd á la última morada.

Seguendo el ataúd se veía una mujer entrada en edad. Aquella mujer llenaba el aire de sus dolorosos ayes: por sus mejillas se deslizaban abundantes lágrimas; y de cuando en cuando, se le oía exclamar con doloroso y entrecortado acento:

— Simeon, hijo mio! ¿quién podrá consolarme de tu eterna ausencia? ¿quién podrá sustituir en mi alma tu cariño? ¿Quién será capaz de llenar el inmenso vacío que has dejado en mi corazón? ¡Pobre, infeliz viuda! dirán, al sorprender en mis ojos una lágrima, los que sepan compadecerme; perdió á su esposo, perdió á su hijo, y hoy vaga errante y sola á merced de su amargura, como vaga la hoja desprendida del árbol, hecha juguete de los vientos! Hijo de mi alma, luz de mis ojos, cuyos fulgores se apagaron al asomar la primavera de la vida; ¿qué hará la encina sin el rocío que refrescaba sus hojas, sin la yedra que la coronaba de flores, sin el tierno tallo que nacido á su tronco, le ayudaba á sostenerse?

El dolor de aquella mujer era inmenso y profundo.

Jesucristo compadecido y deseoso de ali-

viarle, aceleró el paso y fué á encontrar el féretro.

La mujer que le vió acercarse, cruzó las manos derramando de nuevo un torrente de lágrimas.

Jesús mandó que se detuvieran é hizo poner el féretro en el suelo, diciendo con voz dulce y tranquila; "No llores, mujer."

La mujer entonces pareció consolada, y miró á Jesús, quien acercándose al ataud; le tocó con la estremidad de un dedo pronunciando estas solemnes palabras:

—¡Simeon, levántate!

La caja del féretro se abrió por sí sola; y el hijo de la viuda salió fuera, bendiciendo al Señor.

La mujer y su hijo arrojándose entonces á sus pies, besaban el borde de su túnica, derramando lágrimas de gratitud.

Un gran pavor se apoderó de todos los que rodeaban el féretro, que, al ver el prodigio obrado con el hijo de la viuda de Nain, exclamaron:

—¡Un gran profeta se ha levantado entre nosotros!

Simeon viéndose libre de la muerte y ensalzando la misericordia del Salvador, le siguió desde allí como uno de sus mas fieles discípulos.

SUPLICA

Mi Dios y mi Salvador, mi alma se halla en tu presencia cubierta con las manchas del pecado

y muerta á tu divina gracia; devuélvele la vida que por el pecado perdió. Usa con ella, de esa compasion y misericordia que tuviste con la viuda de Nain, para que como ella, te alabe y te bendiga por todos los siglos. Amén.

LA MAGDALENA

Cerca de Nain, á orillas de Betania,
Hay un castillo de exterior risaño,
Donde el fujo y el arte con empeño
Disfunden brillantísimo esplendor.
Cubren su artesonado pavimento
Los procelos de Sidonia,
Finísimo espolon de macedonia,
Alombrados y pieles de castor.
Allí en las mesas de pulido mármol,
Lucen planas estatuas de Cartago,
Timbres de dulce voz, sonora y clara,
Vibran en cada estancia ó camarín.
Allí se ven sillas de caoba,
Divanes de mulibido terciopelo;
De esencia de clavel regado el suelo,
Y ardiendo en peteteros el jasmín.
Grandísimos espejos de oro puro,
Cuadros representando mil paisajes

y muerta á tu divina gracia; devuélvele la vida
que por el pecado perdió. Usa con ella de esa
compasion y misericordia que tuviste con la vida
de Nain para que como ella, te alabe y te bendi-

CANTO XVI.

LA MAGDALENA.

I.

Cerca de Nain, á orillas de Betania,
Hay un castillo de exterior risueño,
Donde el lujo y el arte con empeño
Difunden brillantísimo esplendor.

Cubren su artesonado pavimento
Los brocados de Persia y de Sidonia,
Finísimo crespon de Macedonia,
Alfombrados y pieles de castor.

Allí en las mesas de pulido mármol,
Lucen blancas estatuas de Carrara,
Timbres de dulce voz, sonora y clara,
Vibran en cada estancia ó camarín.

Allí se ven sítiales de caoba,
Divanes de mullido terciopelo;
De esencia de clavel regado el suelo,
Y ardiendo en pebeteros el jazmín.

Grandísimos espejos de oro puro,
Cuadros representando mil paisajes,

Y circuidas de anchísimos encajes,
Vaporosas cortinas de albo tul.

Las rosas, los jacintos, los geránios
Y los nardos se mecen voluptuosos,
Y á la par se columpian perezosos,
El blanco lis y el tulipan azul.

Una fuente azulada y transparente
Baña de perlas el jardín profuso,
Y se oye el canto armónico y difuso
Del zorzal, de la alondra y el clarín.

Brilla en la mesa el zinc, la plata, el oro,
El cristal y la blanca porcelana;
Los mecheros de luz azul y grana
Sus torrentes de luz mandan allí.

En medio del jardín los cenadores
Elevan su alta y festonada cresta,
Y una gruta odorífera que presta
De una selva el encanto virginal.

No hay un pequeño sitio en el castillo
Donde no impere el lujo y la opulencia;
En donde no se sienta la presencia
De un ser que ama la pompa señorial.

De un camarín en la apartada estancia,
De albo marfil en incrustado lecho,
Con una blanca mano sobre el pecho,
La cabeza apoyada en un cojín,

Y apartando otra mano los cabellos,
Se ve una joven deslumbrante y bella.

¡Oh! si al cielo faltárale una estrella,
Yo, por estrella la tomara allí!

Por su pálida frente alabastrina
Ruedan sus rizos perfumados, blondos,
Como velando pensamientos hondos
Que recatan los labios de coral.

Pestañas chinas y sedosas cubren
De su pupila el azulado oscuro:
Sirven las cejas á su luz de muro,
Luz que envidia la zona tropical.

Cual manto de oro en profusión cayendo,
Por el ebúrneo y modelado cuello,
Las madejas se ven de su cabello
Sombreado la blancura del perfil.

Esbelta como el junco de los Alpes,
Viste escotada túnica azul claro,
Donde se miran con bordado raro,
De oro y brillantes, flores relucir.

De su pequeña y nacarada boca,
Al entreabrir los labios purpurinos,
De sus dientes blanquíssimos y finos
Se ven dos hilos con primor lucir.

De sus torneados y redondos brazos
Un modelo, Rafael, sacado hubiera,
¡Si á mujer tan hermosa conociera!
Si la hubiera mirado sonreír.

El diminuto pié sacando apenas
Deja ver la costosa zapatilla;
Y en su blanca garganta débil brilla

De diamantes espléndido collar,
Y quema una doncella junto al lecho
Esencia pura de esquisito nardo,
Y entre el leve vapor que sube pardo,
Un suspiro del pecho va á espirar.

E interrumpiendo de ambas el silencio
La jóven dice á la gentil doncella:
—¿En qué piensas, Jasel?—En que sois bella
Mas que la blanca luna en el Zenit.

—¡Aduladora!—No; con vos, señora,
La baja adulacion está de sobra:
Sois del Dios de Jacob perfecta obra;
Todo Betania lo comprende así.

—Dejemos esa plática y responde,
¿Qué sabes tú de ese Hombre extraordinario
Que en mi espíritu loco, imaginario,
Una forma le doy tan colosal?

Yo que de nada me preocupo, siento,
Acá en mi ser, halagador deseo
De ver á ese Hombre, en cuya vida veo
Algo grande, sublime, celestial.

Y diera la mitad de mis tesoros
Por mirarle un instante, un solo instante:
Pues desde niña con afán constante,
Voy tras un ser de suma perfeccion.

De esa nube que ves de aduladores,
Que á todas horas mi castillo invade,
No hay un solo doncel, uno que agrade
O que llene mi ardiente corazón.

Y ¡tengo sed de amar! pero no encuentro
 Quien reciba mi amor cual beneficio,
 Quien comprenda el heroico sacrificio
 Que le haga de mi propia libertad.
 El lujo que me cerca no me llena,
 Ya lo ves, me envidiara la Romana,
 Pues tu mano, Jasel, que me engalana
 No alcanza mis joyeles á contar.

No me faltan perfumes de la Arabia,
 Ni la esencia riquísima del clavo,
 Ni á mi belleza le faltó un esclavo,
 Que se viera en la luz de su mirar.
 La música aletarga mis sentidos,
 La vil adulacion me quema incienso;
 En juegos y placeres solo pienso,
 ¡Y cuanto invento miro realizar!

Que es una órden cumplida á mi capricho
 Cada palabra que á mi lábio asoma:
 Cual el céfiro juega entre el aroma,
 De placer en placer mi vida vá.

Mas nunca me hallo satisfecha, nunca!...
 Siempre en torro de mi alma hay un vacío;
 Siempre me abrumba el incansable hastío,...
 Y mis sueños de amor..... ¡siempre se van!

Jasel la dice, con inquietos ojos:
 —Es la primera vez que así os contemplo;
 ¿La deidad no sois vos de aqueste templo?
 ¿Qué extraña mutacion se ha obrado en vos?

Si conocéis á ese Hombre por sus hechos,
 Pronto podrán mirarle vuestros ojos;

Mas en tanto cumplís vuestros antojos
 ¡Gozad! ¡gozad! la vida es ilusion!

II.

Eucaria y Sir, ancianos venerables,
 Por su virtud y alcurnia respetados,
 Correr miran sus años sosegados,
 Odiando el mal y ejercitando el bien.

Tres hijos tienen que hacen su ventura,
 Y son, Lázaro, Marta y Magdalena:
 La tarde de su vida ven serena
 Con el amor crecido de los tres.

Mas cuanto la primera es recojida,
 Es alegre y coqueta la segunda;
 Esta, su vida en los placeres funda;
 Aquella en el recato y la oracion.

Al morir los ancianos al amparo
 Quedan ambas de Lázaro su hermano;
 Mas de éste la virtud, es un tirano
 Que inspira á Magdalena repulsion.

El castillo de Magdalo en Betania
 Por su paterna le tocó de herencia,
 Y ella soñando el fausto y la opulencia,
 Quiso vivir independiente allí.

En vano se opusieron sus hermanos
 Con lágrimas y ruegos y consejos:
 Sus modales repulsa como viejos
 Y solo piensa depender de sí.

Hace de Magdalon en pocos dias,